

dos; porque en primer lugar ningun niño ó muy pocos morian sin bautismo, y aun los adultos que habian rehusado instruirse mientras que estaban en salud, consentian en ello cuando caian enfermos, no pudiendo resistir á la industriosa y constante caridad de sus médicos »

»Si en el Telémaco se hallasen semejantes descripciones, ¡cuanto se ensalzaria el gusto sencillo y encantador de tales cosas! Entonces se elogiaria con enagenamiento la ficcion del poeta, y ahora nos mostramos como insensibles á la verdad presentada con los mismos rasgos y atractivos.

»Aun no eran estas obras las mayores en que se ocupaban aquellos hombres evangélicos: unas veces seguian tras de los salvages en cacerías que duraban mucho tiempo, y durante las cuales estaban muchas veces precisados á comerse hasta su hábito; otras se veian espuestos á los caprichos de los indios, que semejantes á los niños, jamás sabian resistir á los impulsos de su imaginacion ó de sus deseos. Pero los misioneros se tenian por bien recompensados de sus penas, si durante sus largos padecimientos habian adquirido un alma para Dios, abierto el cielo á un niño, aliviado á un enfermo ó enjugado el llanto de un desventurado. Ya hemos visto que la patria no tenia ciudadanos mas fieles: por el honor de ser franceses sufrieron muchas veces la persecucion ó la muerte, y los salvages los conocian, por ser de *la carne blanca de Quebec*, en la intrepidez con que sufrían los mas horrorosos suplicios.

»El cielo movido de sus virtudes concedió á muchos de ellos aquella palma que tanto habian deseado, y por la cual ascendieron á la gerarquía de los apóstoles. En la mañana del 4 de julio de 1648, fué sorprendida por los iroqueses la poblacion hurona, donde el P. Daniel era misionero; en ocasion que los guerreros estaban ausentes. Hallábase el jesuita en aquel momento diciendo misa á sus neófitos, y solo tuvo tiempo para acabar la consagracion: acude presuroso al sitio de donde se oian los gritos, y preséntase á sus ojos una escena lamentable, mugeres, niños, ancianos, todos revueltos yacian por el suelo muertos y moribundos, y los pocos que aun vivian arrojándose á los piés del piadoso sacerdote le pedían el bautismo. Moja el Padre un velo en el agua, y sacudiéndole sobre la multitud arrodillada, procura la vida de los cielos á

los que no podia librar de la muerte temporal. Acuérdate entonces de haber dejado en las cabañas algunos enfermos que aun no habian recibido el sello del Cristianismo, vuela allá y los comprende en el número de los rescatados; vuelve á la capilla, esconde los vasos sagrados, echa la absolucion general á los hurones que se habian refugiado en el altar, los insta para que huyan, y á fin de darles tiempo para ello marcha al encuentro de sus enemigos. A la vista de aquel sacerdote que avanzaba solo contra un ejército, los bárbaros admirados se paran, dán algunos pasos atrás, y sin atreverse á acercarse al virtuoso misionero, le traspasan desde léjos con sus flechas. «Estaba ya erizado enteramente de saetas, dice Charleroix, y aun hablaba con ademanes que dejaban á todos absortos; ora con Dios á quien ofrecia su sangre por la grey, ora á los que le daban muerte, amenazándoles con la colera del cielo y asegurándoles tambien de que encontrarían al Señor siempre dispuesto á recibirlos en gracia, si recurriesen á su clemencia.» Muere, y salva una parte de sus neófitos, deteniendo así á los iroqueses al rededor suyo.

»Igual heroismo mostró el P. Garnier en otra poblacion: era todavia muy jóven y se habia separado de su familia cuyo tierno llanto no pudo contenerle, llevado del deseo de salvar las almas en los bosques del Canadá. Herido de dos balazos en el campo, en medio de la carniceria, cae en tierra sin sentido, y un iroques teniéndole por muerto le despoja. A tiempo vuelve en sí el religioso, levanta la cabeza, y á corta distancia vé un huron que exhalaba el último aliento. El apóstol hace un esfuerzo para ir á absolver al catecúmeno, anda casi á rastra, vuelve á caer: le columbra un bárbaro, acude y le hiende las entrañas de dos hachazos. «Espira, dice el mismo Charleroix, en el ejercicio, ó digámoslo así, en el seno mismo de la caridad.»

»En fin, el P. Breboeuf, tio del poeta del mismo nombre, fué quemado vivo con aquellos tormentos horrorosos que los iroqueses hacian sufrir á sus prisioneros.

»Reíase igualmente de las amenazas y de los tormentos este Padre, á quien veinte años de trabajos capaces de sofocar todos los sentimientos naturales, le habian dado una firmeza de espíritu á toda prueba, una virtud fortificada con la idea de una

muerte siempre cercana y cruel, que habia llegado á ser el objeto de sus mas ardientes deseos; al mismo tiempo parecia que estaba prevenido por un aviso del cielo, de que sus votos serian oidos; pero la vista de sus amados neófitos cruelmente tratados ante él acibaraba en extremo la alegría que experimentaba de ver cumplidas sus esperanzas.

»Bien pronto conocieron los iroqueses que tenian que haberse las con un hombre que no les daria el placer de incurrir en la menor debilidad, y como si temiesen que comunicara á los demás su intrepidez, le separaron luego de los otros prisioneros, le hicieron subir solo al cadalso y se encarnizaron de tal suerte contra él, que parecian enagenados de rabia y desesperacion.»

»Pero nada de esto impedia que el siervo de Dios hablase con imponente voz, unas veces á los hurones que ya no le veian pero que aun podian oírle, y otras á sus verdugos á quienes exhortaba á temer la cólera del cielo, si continuaban persiguiendo á los adoradores del verdadero Dios. Esta libertad y entereza dejó atónitos á los bárbaros que quisieron imponerle silencio, y no pudiendo conseguirlo le cortaron el labio inferior y la punta de la nariz, aplicándole además á todo el cuerpo hachones encendidos, quemándole las encías, etc., etc.»

»Atormentaban tambien cerca del P. Breboeuf á otro misionero llamado el P. Lallemant, el cual acababa de entrar en la carrera evangélica. La fuerza del dolor le hacia dar algunos alaridos involuntarios, y pedia resistencia al viejo apóstol, que no pudiendo ya hablar inclinaba afablemente la cabeza y sonreia con sus labios mutilados para animar al jóven mártir: las humaredas de ambas hogueras subian hácia el empíreo y afligian y regocijaban á los ángeles. Quemáronle el cuello con hachones al P. Breboeuf, le arrancaron girones de carne y los devoraron á su vista, diciéndole que era escelente la carne de los franceses y añadiendo los bárbaros con mofa: «nos asegurabas, hace poco, que cuanto mas se sufre en la tierra mas feliz es uno en el cielo, y por lo mismo mostrándote afecto nada omitimos por aumentar tus sufrimientos.»

»En fin, despues de haber sufrido otros muchos tormentos que no nos atrevemos á referir, rindió su espíritu el P. Breboeuf, y su alma voló á la mansion del que cura todas las llagas de sus siervos.

«Pasaban estas cosas en el Canadá en el año de 1649, es decir en el momento de la mayor prosperidad de la Francia, y durante las fiestas de Luis XIV.: todos triunfaban entonces en Francia; el misionero y el soldado.

»Sin duda se regocijarán de aquellos tormentos de los confesores de la fé, aquellos para quienes es objeto de ódio y mofa un sacerdote. Acaso los llamados sábios aparentando un espíritu de prudencia y de moderacion, dirán que á pesar de todo lo dicho, los misioneros eran víctimas de su fanatismo, y aun preguntarán con una compasion orgullosa ¿que es lo que iban á hacer esos frailes en los desiertos de la América? Convengamos sin pasion, en que no iban con arreglo á un plan de sábios á intentar grandes descubrimientos filosóficos, pues no hacian mas que obedecer á aquel maestro que les habia dicho: *Docete omnes gentes*: «id y enseñad á todos» y sobre la fé de este mandato, con una sencillez estremada dejaban las delicias de la patria para ir á costa de su sangre á enseñar á un bárbaro á quien no habian visto nunca.—¿Y que le enseñaban?—Nada segun el mundo, casi nada: *La existencia de Dios y la inmortalidad del alma*: *DOCETE OMNES GENTES!*

»Ya se ha indicado las sendas que seguian las diferentes misiones, sendas de sencillez, de ciencia y de legislacion. Justo objeto de orgullo para la Europa, á nuestro entender (y particularmente para la Francia que suministraba el mayor número de misioneros) era ver salir todos los años del seno de los mares unos hombres que iban á hacer ostentacion de los milagros de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor en las cuatro partes del mundo. De aquí provenia la alta idea que los estrangeros se formaban de esta nacion, y del Dios que en ella se adoraba. Los pueblos mas lejanos querian entrar en relaciones con nosotros, y el embajador del salvaje del occidente encontraba en nuestra corte al embajador de las naciones de la aurora. No hago alarde del don de profecía, pero se puede asegurar; y la esperiencia lo acreditará, que los sábios enviados á los paises lejanos con los instrumentos y los planes de la academia, jamás harán lo que hacia solo con su rosario y su breviario un pobre fraile que salia á pié de su convento.»

No ha sido desmentida la profecía en el espacio de tiempo, por cierto bastante largo, que media entre la publicacion de la obra

cuyos son los parrafos que se han copiado y el momento presente. Aun pudiera decirse que si no se ha confirmado en absoluto de un modo solemne, ha sido porqué hasta los gobiernos mas impios, hasta las naciones mas extraviadas, aun en momentos de verdadero vértigo, no solo no se han atrevido á privarse del poderoso socorro de la religion y de sus ministros para sostener su dominio en las colonias y para extenderlo en los paises inexplorados, sino que lo han solicitado á veces con un empeño tal que equivalia al mas completo reconocimiento de la impotencia de los recursos meramente humanos y de la imprescindible necesidad de acudir á los auxilios divinos, y de valerse para ello, de los legítimos ministros del Dios Todopoderoso, únicos que, por lo general, pueden ostentar virtudes tan altas, como es preciso poseerlas para dar cima á empresas que se salen de lo que comunmente consiguen realizar las fuerzas del hombre.

Pronto veremos una nueva confirmacion de esto, pues se va á reanudar la série de biografías de los Sumos Pontífices y en la vida del primero de los que ahora han de ocuparnos, que es la del glorioso San Pio V, habrá de verse como, tan ilustre papa, prestó á la sociedad civilizada inapreciable servicio, contribuyendo poderosamente á librarla de la cimitarra del turco.

### III.

San Pio V, que antes de su elevacion á la Santa Sede se llamaba Miguel Ghislieri, era natural de Bosco. Distinguiendose por su talento y virtudes, ya desde el pontificado de Paulo IV, fué creado cardenal por este, en Mayo de 1557, y además nombrado supremo inquisidor perpétuo; Pio IV le confirió el obispado de Mondovi, y en estos tan diversos cargos demostró constantemente extraordinario celo por los intereses de la religion, claridad de juicio y profundidad de doctrina, realzadas todas estas prendas por una sin igual humildad. Debido á esta, experimentó gran dolor y no menor sorpresa, al ser elegido en 7 de Mayo de 1565 para ocupar la silla de San Pedro que habia quedado vacante por muerte de Pio IV, pues es lo cierto que sobre no desconocer los grandísimos deberes que la tiara impone, las especiales condiciones que exige

